

ta. Poco que ver con lo económico, es decir, con el deseo de hacerse rico cambiando de aires. Tampoco con la necesidad de lograr un simple puesto de trabajo, pues para eso estarían, como están, los Estados Unidos. En la actualidad, estas apreciaciones si no se han invertido sí se han confundido hasta dar un difícil diagnóstico que debido a esa misma complejidad, es mejor dejar de lado. Contemplar el ancho mundo tal y como es, disfrutarlo, saborear a lo pobre, mochila al hombro, lo que en las películas hacen magnates a bordo de barcos y trenes de lujo. Sobrevivir con los empleos que en cada país suelen hacer sus parias nacionales, es decir, las recolecciones de todo: remolacha, cítricos y las inevitables vendimias. Recorrer mundo haciendo un acopio de mil experiencias para el regreso a la patria querida en la que se espera contar las hazañas (las reales y las inventadas, todo hay que decirlo) al tiempo que se pretende servir de embajador, desdeñando los odiosos consulados y embajadas donde lo único que se saluda con emoción es la bandera.

La buena nueva, que lleva como subtítulo... *de los libros del caminante*, son una especie de memorias de José María Pérez Largo, alter ego del autor, Rodolfo Enrique Fogwill. Y no son sólo anécdotas de viajes (aunque el autor insiste en que se trata de un libro de viajes) sino emociones y obsesiones traídas a texto en forma de relatos, ejercicios literarios a guisa de capítulos. De ameno ritmo, *La buena nueva* es ese viaje y retorno que cualquiera en cualquier parte del mundo desea hacer y que de hecho materializa aunque de forma contradictoria y plástica en su mente y espíritu. El ejercer oficios disparatados como sembrador de esqueletos, incendiario profesional o ser testigo de la inminente aparición de la Virgen, son formas de ganarse la vida, y acontecimientos de los que todos quisiéramos ser protagonistas, o notarios, alguna vez en nuestras vidas.

Pablo Antonio Cuadra: Aproximaciones a una vida y obra
 Jorge Eduardo Arellano
 Instituto Nicaragüense de Cultura. Managua

La vida y la obra de Pablo Antonio Cuadra son analizadas rigurosa y sencillamente por Jorge Eduardo Arellano en un volumen editado por el Instituto Nicaragüense

de Cultura. Hacía falta semejante cometido y es una lástima que no vaya a tener difusión más popular en España y otros países, dada la personalidad estética y humana del poeta, ensayista, periodista y dramaturgo que en noviembre de este año cumplirá los ochenta. El más «nica», el más representativo de los autores de ese país centroamericano, después de Rubén Darío, como se afana en decir Arellano. Una vida dedicada a las letras y en la que no han sido pocos los sinsabores, amén de la cárcel y el destierro, al no consentir en atrocidades como las llevadas a cabo por el tristemente célebre clan de los Somoza.

Nacido en Managua en 1912, Cuadra hace de Granada su ciudad, y desde muy joven ya se delata en él la sensibilidad artística y literaria. Es en el colegio donde haría sus primeros pinitos a base de obras de teatro (una pieza inspirada en Julio Verne, a la edad de 11 años) y hasta periódicos manuscritos. Jalonan estos primeros años colectivos actividades como academias literarias que no dejan de estar bajo la dirección docente, pero que irremediablemente irían a servir de trampolín al autor que alcanzaría una de las mayores cotas creativas en la lengua española actual.

Cuadra es hijo de un prohombre de la política nicaragüense, Carlos Cuadra Pasos, integrante del Partido Conservador, colectivo, a veces, cómplice de los desembarcos del ejército norteamericano en este país. No obstante, esa posición le sería de privilegio para observar los avatares políticos y manifestarse siempre en favor de la justicia. (Es difícil, desde estas latitudes, calibrar con exactitud las vicisitudes políticas de un pequeño país como Nicaragua, donde la historia, necesariamente, se ha tenido que hacer en medio de unas cuantas familias). La trayectoria intelectual de Pablo Antonio Cuadra nunca se vería resentida por estos factores y es así como su bibliografía está llena de los más variados títulos en diversos géneros.

A resaltar en poesía: *Canciones de pájaro y señora* (1929), *Poemas con un crepúsculo a cuestas* (1949), *Libro de Horas* (1946), *El jaguar y la luna* (1959), *Tierra que habla* (1974). Ensayo: *Hacia la cruz del Sur* (1936), *Entre la Cruz y la Espada* (1946), *Sobre Ernesto Cardenal* (1971), *Otro rapto de Europa* (1976). Teatro: *Por los caminos van los campesinos* (1936).

La Biblioteca Ayacucho, la más importante colección literaria de Latinoamérica, ha incluido la obra poética de Cuadra entre sus haberes. Con motivo del acontecimiento, se publicó un libro-homenaje de donde Arellano extracta la base del material para la confección de este trabajo útil para el conocimiento de tan vasta obra.

América Hispánica

Revista *América Hispánica*. Homenaje a Manuel Puig
Facultad de Letras. Universidad de Río de Janeiro

En su número 4, la revista *América Hispánica* rinde un sentido y caluroso homenaje a Manuel Puig. La publicación, lejos de ser el típico boletín de aficionados, es un panel al servicio del más serio ensayo y análisis que la pulcritud y refinamiento de una obra como la de Puig exige. Prácticamente todos sus libros son traídos a la disección, sobresaliendo, cómo no, *El beso de la mujer araña*, *Boquitas pintadas*, *La traición de Rita Hayworth* y, su última entrega, *Cae la noche tropical*. El homenaje, realizado con ensayos en portugués y castellano, ha corrido a cargo de prestigiosos estudiosos del argentino recientemente fallecido en Cuernavaca, México. Pero más que sesudos estudios, cabría decirse que son entusiastas lectores, hombres y mujeres que tuvieron la suerte de ser regalados por la magia de Puig de una forma más cercana que el común de sus lectores a nivel mundial. Al decir esto no me estoy refiriendo a íntimos del escritor, pues es bien conocido su gusto por la soledad y el aislamiento. Cercanos estuvieron a su novelística por la de veces que tuvieron que releer sus libros, la única forma como se logra esa críptica aspiración de complicidad entre autor y lector.

Así, César Aira (argentino, autor de *Ema la cautiva*) dice de Puig que de una historia no es necesario contarla como hacía Sherezada que negociaba un día más de vida. Puig, para Aira, era un sultán cruel que pagaba siempre con la muerte. En su afán por lograr el completo diálogo, Puig «obligaba» al lector a descifrar algo como un código común que es la lengua.

En este sentido parece extenderse Claudia Kozak (de la Universidad de Buenos Aires) quien sostiene que desplegar una historia no es lo mismo que narrarla. Una

historia tejida por suposición de voces, para sembrar de vitalidad a un personaje como en el caso de Toto en *La traición de Rita Hayworth*. Mención especial merece el monólogo interior pues representa el pensamiento, ese diálogo profundo y sincero como ninguno al que solemos someternos a diario, y que en el caso del ejercicio literario pretende ser una copia de lo más humano llevado a texto.

Claudia Luna (Universidad de Río de Janeiro) en uno de los ensayos publicados en portugués, apunta la deuda contraída, y siempre reconocida, de Manuel Puig con el cine. Relación, profundo maridaje estético, que salta a la vista en *Boquitas pintadas*; tal vez la misma servidumbre que Vargas Llosa reconoce al Amadís de Gaula. Puig trabajó durante mucho tiempo en el Centro Sperimentale di Cinematografía, del que prácticamente nunca se desprendería.

Y así, a lo largo de 16 páginas, el recreo, más que el análisis, de una de las obras en lengua castellana que aún no ha alcanzado las cuotas de popularidad y aceptación que a gritos pide su magia.

Con los pobres de la tierra

José Martí

Biblioteca Ayacucho. Caracas.

La polifacética personalidad de José Martí se retrató en los compromisos que fueron el alfa y omega de su vida. Es decir, todo lo que de él conocemos: literatura y política. Atendió a ambas con la servidumbre del esclavo que sirve a dos dioses, del amante que no puede prescindir de ninguna de sus concubinas. Envidiable producción si comparamos lo que cuesta hoy en día sentarse a la máquina de escribir, pues ya no se puede hablar de la pluma y el papel. Imaginemos al Martí de siempre, el que en los escasos paréntesis de la agitación independentista encuentra paz interior y tiempo físico para la musicalidad poética, para el escrito político y el periodismo.

Con los pobres de la tierra es el título del volumen con que la Biblioteca Ayacucho, de Caracas, rinde homenaje al padre de la patria cubana. Es un verso de su poema *Versos sencillos*, del que se hace una selección, así como de *Versos libres* y *Flores del destierro*. Un apartado de prosa nos brinda un Martí viajero y cronista de una

Venezuela que acusa todos los males de fin de siglo, de esa (inevitable) resaca de todo lo español, con su rechazo de las clases blancas y pudientes por lo indio y negro, y el encuentro de la joven nación con el mundo europeo gracias a las emigraciones que ya se iban haciendo presentes en América. Alemanes, italianos, franceses y holandeses van al encuentro de una tierra feraz y de riqueza a veces más soñada que cierta. Pero en extensa crónica que Martí hace del viaje a Venezuela se entresaca la preocupación por el porvenir del hombre de Estado que vivía amalgamado con el artista. Aunque no profundiza de forma técnica en la economía, pondera las capacidades de Venezuela para un futuro promisorio y trata de advertir, aunque estérilmente, a sus gobernantes y fuerzas vivas, de los vicios de una administración que Martí se empeña en ver como herencia española. Español él mismo por sus padres y nacimiento, si tenemos en cuenta que a la altura de 1853 Cuba era tierra tan española como Madrid, Murcia o Bilbao. Español como Bolívar, San Martín, Hidalgo y Castilla, Artigas y O'Higgings (a pesar del apellido irlandés). Confirmando la tesis de Diego Prado y Colón de Carvajal, quien ha dicho que «la conquista de América la hicieron muchos indios con pocos españoles, mientras que la independencia corrió a cargo de muchos españoles con pocos indios».

Abunda esta entrega en prosa en contribuciones maravillosas sobre la obra de Oscar Wilde, Walt Whitman, Julián del Casal y aproximaciones al ensayo histórico y arqueológico sobre el indio y sus artes primitivas. Pero en el verso propiamente dicho, tomando el arpa y la nota de la imagen y la metáfora, Martí se pronuncia contra el verso retórico y reclama limpieza y luz para la poesía, rigor amable para la más excelsa de las artes.

Yo el supremo

Pieza escénica

Augusto Roa Bastos

Colección Hespérides. Universidad de Toulouse.

Diez años después de la aparición de *Yo el supremo* como novela, se reconvierte ésta en un obra teatral acaso para satisfacer las primeras aspiraciones estéticas del autor que fueron las escénicas. Acometer la transforma-

ción ha sido trabajo ímprobo como cabe suponer. Los personajes no son presentados por un narrador sino que es por propia cuenta como establecen la relación con el espectador, liberándose de similares experimentos en que el adaptador de una novela lo que hace es destrozar la obra original con su «versión». Aquí sí se puede hablar de versión y de perfecta sintonía entre la narrativa y la dramaturgia. El tono profundo, íntimo, que pertenece a una novela o cuento se traslada al coloquial y aireador de psicologías y situaciones que debe tener toda obra teatral para que lo sea en rigor. El teatro actual, ese que se afanan en llamar «moderno» o de «vanguardia», sigue cometiendo esos delitos de lesa estética, crímenes artísticos cuando de adaptar una novela se trata. Si no hay código penal que lo solucione, seguiremos padeciendo de supuesto «teatro del absurdo», que no es otra cosa que el absurdo llevado al teatro.

Los personajes son los mismos que en la novela, como también los escenarios, en ese afán por dar vida a la biografía del dictador José Gaspar Rodríguez de Francia, aunque Roa Bastos advierta en un prólogo llamado «Notas» que no se trata de semejante ejercicio histórico. Tanto la novela como la pieza teatral, siempre según el autor, se inventan esa biografía y se la atribuyen a un supremo dando perfiles famosos a la vida casi desconocida del personaje real. Un hombre enigmático, despótico, absolutista, que trató de inventarse un régimen inspirado en los ideales de la Revolución Francesa... fenómeno éste, por lo demás, no muy extraño en Latinoamérica. El doctor Francia inventó un socialismo de Estado, basado en la autarquía, haciendo al Estado dueño de los medios de producción. Algo muy parecido al franquismo español.

Pero el balance no deja a Francia mal parado. Con su modo de hacer poco rudimentario y de planeación casera, satisfizo las necesidades de la población, las que no se limitaban solamente a lo alimentario; alfabetizó totalmente al país y creó, a base de grangeo colectivo y de pequeña propiedad, el núcleo de lo que sería una incipiente burguesía nacional. El doctor Francia no fue solamente un dictador, sino una especie de Dios que, amansando el poder como si fuera un don divino exclusivamente suyo, hace que cuaje el mítico caudillo mezcla de ángel y demonio que jalona la historia hispanoamericana.